

# **CARTA A LOMBAF**

**Autor: Christian Carbajo García**

No es mi intención que proclames esta historia a los cuatro vientos, ni siquiera sé si va a servir de algo. Primero empezaré por quien fui, luego sabrás por qué estás aquí.

Corría el año 1251 para algunos y para otros el año 132. Yo era sirviente de la corte de un imperio en plena expansión tras ciento treinta años de guerra. Vivía en un castillo de roca negra con brillos grisáceos, coronado por ocho altivas torres, a las cuales no tenía acceso más que a una. Las tierras de labranza rodeaban el bastión y una gran muralla de roca caliza lo envolvía todo.

Mi señor era un clérigo de la divinidad Halfni tan siqu, dios de la tierra y la cosecha, y acostumbraba a beber vino acompañado. Por supuesto, nunca obtuve ninguna invitación a tal honor, o desagravio, según como lo mires, o mejor, como las mires. A él siempre le gustaba decir; “Hijo, yo las salvo de encuentros peores. Las alimento, las visto, no me juzgues por el hecho, soy humano y como humano peco, si no ¿cómo podrían subsistir los sacerdotes?” A lo que añadía una risotada producida por su embriaguez.

Entonces solo tenía mis dieciséis años recién cumplidos, tres al lado de mi señor sin comprender muy bien el trabajo que desempeñaba. Los cultivos producían cantidades ingentes de comida y él no movía ni un dedo para tal milagro. Había llegado un momento en el que era yo quien atendía a los campesinos preocupados por sus cosechas, administraba las donaciones, exclusivamente de alimentos, y bendecía los instrumentos de laborar la tierra. Por aquel entonces estaba aprendiendo a escribir y leer, cosa que pocos en el Imperio tenían la posibilidad de hacer. El propósito no era otro que otorgarme el gran privilegio de redactar las cartas de mi “austero y devoto”

señor a la Santa Sede de los Ocho Dioses, así como leer en voz alta para que sus ojos no se cansasen.

Dos años después, no solo cumplía con todos los deberes que mi señor me encargaba, también empecé a gozar de privilegios. La Santa Sede de los Ocho le había ascendido en cargo, y ahora tenía más responsabilidades que le hacían viajar a las provincias anexionadas. Había que formar en la fe a los recién llegados y él, como parte de una de las Torres Imperiales, era quien debía comenzar con la tarea, así como sus colegas de la corte. Al verme tan libre de vigilancia, y viendo que era capaz de manejar las tareas administrativas pertinentes, decidí darme ciertos caprichos, siempre en ausencia de mi señor, claro está, y utilizar mi pequeña e ínfima influencia para conseguir pequeñas piezas de un juego de estrategia que estaba haciendo furor en la capital. Constaba de treinta y dos piezas y se jugaba en un tablero a cuadros blancos y negros. Había piezas de todo tipo de materiales, desde las más austeras talladas en madera, a las más ostentosas hechas de vidrio y adornadas con zafiros, diamantes...pero las que más me entusiasmaban eran las esculpidas en piedra. Las piezas de color negro eran de obsidiana y las contrarias de andesita, dos rocas de origen volcánico según los pergaminos del dios Oknur, dios del fuego y la forja.

—¿A cuánto me las dejas?

—Por veinte monedas de plata te regalo el tablero. —Dijo el comerciante con una sonrisa en la boca.

—Te doy diez y puedes quedarte con el tablero. —Contra oferté, al fin y al cabo, ya me había hecho con uno de roble en otra de mis escapadas.

—Hijo, creo que no ves bien, estas piezas al menos valen dieciocho, si bajo más te las estaría regalando.

—Estas piezas bien valen los dieciocho y los veinte, si no fuera porque no fue usted quien las hizo o las compró. Solo conozco un sitio donde se podría encontrar este tipo de material, y no pertenece al Imperio. ¿Sabe usted cuál es la pena por vender mercancía extranjera?

—Diez me parece una muy buena oferta señor...aquí tiene su compra. —Dijo el mercader acelerado.

—Gracias, hablaré bien de usted a mi señor.

—Se lo agradezco... — suspiró.

Pasaron siete días hasta el regreso de mi protector. No traía buena cara cuando se bajó del caballo. Estaba lleno de barro y sangraba por uno de sus rechonchos brazos.

—¿Qué ha pasado mi señor?

—Prepárame un baño, ¡inmediatamente! —Dijo sin mirarme a la cara.

Corrí hacia su alcoba para cumplir la orden. Más tarde apareció abriendo la puerta de un golpe. Sin mediar palabra se desnudó y se zambulló en las aguas templadas que había preparado. Salí de la habitación y esperé fuera. No había pasado ni un instante cuando un caballero uniformado para la batalla hizo acto de presencia convocando una audiencia.

—Mi señor se...

—¡Qué pase! —Gritó desde la tina.

—Señor. —Reverencié y abrí paso.

—¡Cierra! —Volvió a gritar el clérigo.

Cerré tal y como se me ordenó, y escuché atentamente a través de la gruesa madera. Diferencié dos palabras pronunciadas por la grave y exaltada voz de mi gordo señor: “Guerra” y “Yoma”.

Los Yoma eran un pueblo que vivía en las montañas, al norte de nuestro imperio, y que a nuestro dirigente le había costado penetrar en su territorio cincuenta, de los ciento treinta años de guerra. Solo dos meses atrás, un general llamado Gank El Impotente, había podido urdir un plan para colocar el ejército a las fronteras de la primera ciudad hacia el paso de la capital. Parecía, por la urgencia del soldado, que los planes no iban según lo previsto. Salió de la alcoba tan raudo como entró.

—¿Necesita algo mi señor? —Pregunté.

—Sí...necesito que escribas lo que te voy a dictar.

—Muy bien señor. —Cogí pergamino y pluma.

—“Estimados Ocho; se me ha comunicado que las fuerzas del enemigo han avanzado rompiendo la ofensiva de nuestro valeroso general. Mis espías confirman dicha información y añaden que no solo avanzan por conquistar o echar al invasor, sino que buscan algo preciado que les fue robado. Dicen que podría ser una de las armas que utilizan contra nosotros, lo cual nos daría al fin la victoria y traería paz a esa tierra. Quiero explicaros la intención y el propósito de encontrar esa arma antes que el enemigo, y mucho antes que nuestro aliado el emperador. Pronto entraré en más detalles. Espero respuesta. Orkiz El Santo.”

—¿Es todo señor?

—Sí, envíalo en el halcón más rápido que tengamos, es urgente que respondan querido hijo. —Decía mientras se secaba el cuerpo.

—Sí señor, como guste. —Dije inclinándome.

Corriendo, enrollé el pergamino, fui hasta las pajareras y envié la misiva. Mi señor reunió al claustro en sus aposentos. A la semana ya tenía la respuesta haciendo que mi maestro y los monjes marcharan hacia la Santa Sede. Sin señor no había mandatos y sin mandatos no había más que hacer que esperar ver avanzar el tiempo, y ¡qué mejor forma que estrenando la adquisición! Monté las piezas una a una. Cuando me tocó colocar las dos piezas claves del tablero, noté que pesaban más que el resto. Las inspeccioné, pero a simple vista no llegué a ver nada.

—¡Lombaf! —me llamaron desde el pasillo a grito urgente.

Las dos piezas se resbalaron de mis manos golpeándose contra el suelo. La obsidiana se partió en dos mitades dejando al descubierto su interior, de donde brotó un líquido rojo similar a la lava. Observé ensimismado como las dos mitades se arrastraban la una hacia la otra hasta quedar finalmente unidas. Nervioso, cogí ambas piezas y las guardé en mi cómoda.

Acudí a la llamada. La voz no me sonaba en absoluto, era ronca y fuerte e iba acompañada de pasos enérgicos y acelerados. Más que una persona, parecía un regimiento. Cuando abrió la puerta yo ya estaba más erguido que una lanza. Una de las cosas que aprendí, aunque fuera a golpes, era a enseñar siempre mi disposición y a ocultar lo que estuviera haciendo en cada momento libre. “Cuantas menos cosas sepan de ti, más poderoso te haces, siempre y cuando observes...” Frase de mi señor un día de borrachera. Era cierta de cabo a rabo, la vida se facilitaba cuantiosamente a medida que el tiempo soplabla alegre en su avance.

Seguí a mi guía. Un soldado enorme de al menos dos varas y media de altura. La coraza brillaba como un espejo dorado y negro. Los pasos eran el doble que los míos, razón demás para llegar con las piernas doloridas.

Estaba ante la presencia del Emperador. Yo, solamente yo...bueno y los otros malditos siete críos educados por sus respectivos clérigos. Todos los monjes tenían la posibilidad de acoger a dos alumnos como máximo, o eso es lo que interpretaron de los sagrados textos de Firlik, dios de la sabiduría y la lógica. A éste dios, al parecer, le gustaban los acertijos y le encantaba meter a mortales en laberintos lingüísticos, aunque, por lo que me decía mi señor, siempre con una recompensa al final.

El Emperador nos había convocado para un reparto de tareas que debíamos realizar entre los aldeanos. Y así transcurrió el tiempo en su avance monótono.

Pasaron un par de años sin noticias de Orkiz. Llegaba a ser exasperante no poder salir al mundo. Los comerciantes me facilitaban información sobre lo que ocurría en las regiones más lejanas, pero ansiaba viajar. Una paloma blanca y grisácea llegó a la pajarera de la octava torre con un mensaje para mí. Mi señor había descubierto unos escritos antiguos de dios Oknur en una expedición dentro del territorio de los Yoma. La redondez del escrito, con algún manchón de tinta, dejaba entrever su estado al escribir la misiva, parecía estar más sobrio de lo común a la vez que excitado por el hallazgo.

Marché hacia mis aposentos para seguir practicando mis estrategias con el juego de tablero. Durante la ausencia, y aun con los nuevos mandatos del emperador, conseguía escaparme para dar rienda suelta a mi imaginación compitiendo contra mí mismo. Sabía que dos de las piezas no eran iguales que el resto, más después de presenciar tal milagro. Mi curiosidad no pudo contenerse. Eran demasiadas las veces que la voz de mi cabeza me tentaba con romper la de andesita para descubrir que escondía su interior.

Cogí la pieza, me incorporé y la dejé caer contra el suelo. Mi ritmo cardíaco se aceleró, mis pupilas se dilataron y la sangre aumentó de temperatura. El ruido fue contundente. La pieza se desmembró dejando ver un polvo grisáceo. Parecía ceniza, aunque no pude llegar a poder tocarlo. La pieza se reconstruyó tan rápida como su antagonista. La experiencia de lo acontecido me había dejado agotado. Decidí guardar esas dos piezas en el cajón bajo llave.— Mañana será otro día.— Dije mientras me recostaba en el camastro.

A la mañana siguiente, mientras limpiaba la torre, uno de los soldados anunciaba la...no esperada vuelta de mi señor. Raudo como una liebre, bajé hasta la entrada principal para darle la bienvenida. Si no era rápido podría ganarme un par de latigazos acompañados con una guarnición de palabras demasiadas veces oídas; “Uno debe estar siempre en el lugar y momento adecuado”

—Mi Señor Orkiz.— Reverencié.

—Lombaf, hijo, ayuda a bajar del caballo a este anciano.— Dijo mientras se tocaba su barriga intacta.

—Por supuesto mi señor, aquí tengo un escalón para usted.— Dije con una amplia sonrisa.

—Muy bien.— Sonrió él.

Le acompañé hasta sus aposentos. La tina ya estaba preparada con agua que esperaba fuera de su agrado. Había tenido que pagar a una de las sirvientas del emperador para que la preparara lo más rápido que pudiera. Estaba claro que no podía estar en dos lugares al mismo tiempo, y sin embargo, estar.

—¿Recibiste mi carta?— Se interesó.

—Sí, mi señor.— Dije mientras le frotaba la espalda. Él me miró extrañado. Tras una breve pausa continuó.

—¿Cómo lo supiste?

—¿Saber el qué mi señor?— Dije sin enterarme muy bien a que se refería.

—Nada...lo has hecho bien. También es bueno guardarse algunos secretos. Las maneras de actuar dicen mucho de cada uno de nosotros, pero no debemos descuidar el entorno del camino.— Levantó uno de sus rechonchos brazos para que se lo lavara.— No es lo mismo un camino llano que uno pedregoso, o uno embarrado.

—Sí, mi señor.— Afirmé sin entender ni una palabra. Me miró escudriñando mi rostro.

—O acciones como hablar demás cuando tiene que haber un silencio.— Había vuelto, aunque se le notaba diferente, más alegre de lo común.

Pronto nos tocó viajar a la santa sede. Parecía que uno de los Ocho había encontrado algo significativo en el trozo de pergamino encontrado por mi señor.

El viaje fue duro, no por el camino, sino por las horas muertas que nos pasábamos en silencio. Cada vez que el aburrimiento tocaba en la puerta, la morriña por el juego de mesa se acrecentaba. Sabía que todo ese tiempo podría haber pasado más rápido de haberlo tenido, quién sabe, a lo mejor hasta a mi robusto y flácido señor acababa gustándole.

La Santa Sede era una biblioteca subterránea iluminada mediante espejos que traían la luz del exterior. Aquel era lugar de estudio, de meditación y sabiduría.

Tras unos meses de lecturas ininterrumpidas, llegó la guerra a nuestras puertas. No nos quedaba otra que huir salvando todo lo que pudiéramos. Hasta cierto punto, me alegré



de volver a casa. Cogimos varios carromatos y los llenamos de libros. La mayoría trataban de leyendas que databan de antes del Imperio.

En una de las penetraciones en territorio imperial, los Yoma habían conseguido asediar la capital antes de nuestra llegada.

—Seguidme —dijo el más anciano de los ocho sabios.

Sus siete compañeros, más los discípulos, entre los que me encontraba yo, le seguimos hasta unos matorrales cercanos. Al retirar las ramas y hojas acumuladas por años, se hizo ver una runa grabada en la piedra. Los ocho monjes empezaron a recitar unas palabras llenas de poder robándonos la energía a los discípulos. Al despertar, reposaba en mi cama, en la torre de mi señor. Tardé un poco en recobrar la orientación. Algo me decía que no me encontraba en el mismo día que en el que me desmayé. Me incorporé despacio y fui hacia la sala de reuniones donde toda la orden eclesiástica se reunía para celebrar el año nuevo.

La sala estaba llena de pergaminos y los monjes discutían los unos con los otros por interpretar la leyenda de Oknur escrita en la lengua predecesora a la de los Yoma. Llegaron a diferentes conclusiones y métodos, pero solo en el último párrafo estuvieron de acuerdo:

“...la vida se unirá con la muerte dando comienzo a una nueva era entre dos mundos”

—Sangre —dijo uno de los monjes —la sangre y algo más... ¿qué es la muerte? —Dijo desesperándose mientras se devanaba los sesos.

Se escuchó un estruendo. Los monjes ni se inmutaron, pero yo me acerqué a una de las ventanas que daba al patio interior. La puerta había sido derribada y una horda de soldados Yoma avanzaban casi sin ninguna resistencia. El fin había llegado, o eso es lo

que pensé. Acobardado al ver que mi futuro se desvanecía, salí de la sala en busca de refugio. Recorrí los pasillos atestados de soldados inquietos. Logré alcanzar mis aposentos, en los cuales había decidido morir. Cerré el portón y otro estruendo me estremeció. Me arrodillé y recé egoístamente al dios de la vida. Al terminar la oración, abrí los ojos. Delante de mí estaba el tablero con sus piezas bien organizadas salvo dos. Abrí el cajón y allí estaban las dos, intactas y relucientes, la una junto a la otra, tal y como las había dejado tiempo atrás. Las cogí, volví a inspeccionarlas. Mientras las sujetaba en las manos la tranquilidad se adueñaba de mí. El ataque continuaba su curso, pero para mis ojos ese era otro mundo y fue entonces cuando lo comprendí. Las palabras que tanto buscaban los monjes vinieron a mí. Habían confundido lo literal con lo metafórico. Donde decía sangre se refería a la lava, la sangre de la tierra que transcurre bajo nuestros pies, y donde decía muerte...— *Cenizas*— Pensé.

Rompí las dos piezas al mismo tiempo. De la negra volvió a salir el líquido rojizo y de la que estaba hecha de andesita salió el polvo grisáceo. Los elementos se entrelazaron absorbiendo la luz, dando así origen a una esfera de tonos violáceos. Me levanté deprisa y observé cómo el orbe ascendía hasta la altura de mis ojos emitiendo una frase que resonó en todos los hombres; “El ciclo se ha completado. Lo que fue, será, al igual que el presente ya ha sido”

La bola desapareció, el ruido cesó, la luz se apagó.

Escribo esto con fecha 1119 de nuestra era. Tengo veintitrés años y un nuevo imperio ha surgido para erigirse sobre el mar y la tierra. Ahora lo recuerdo todo.